

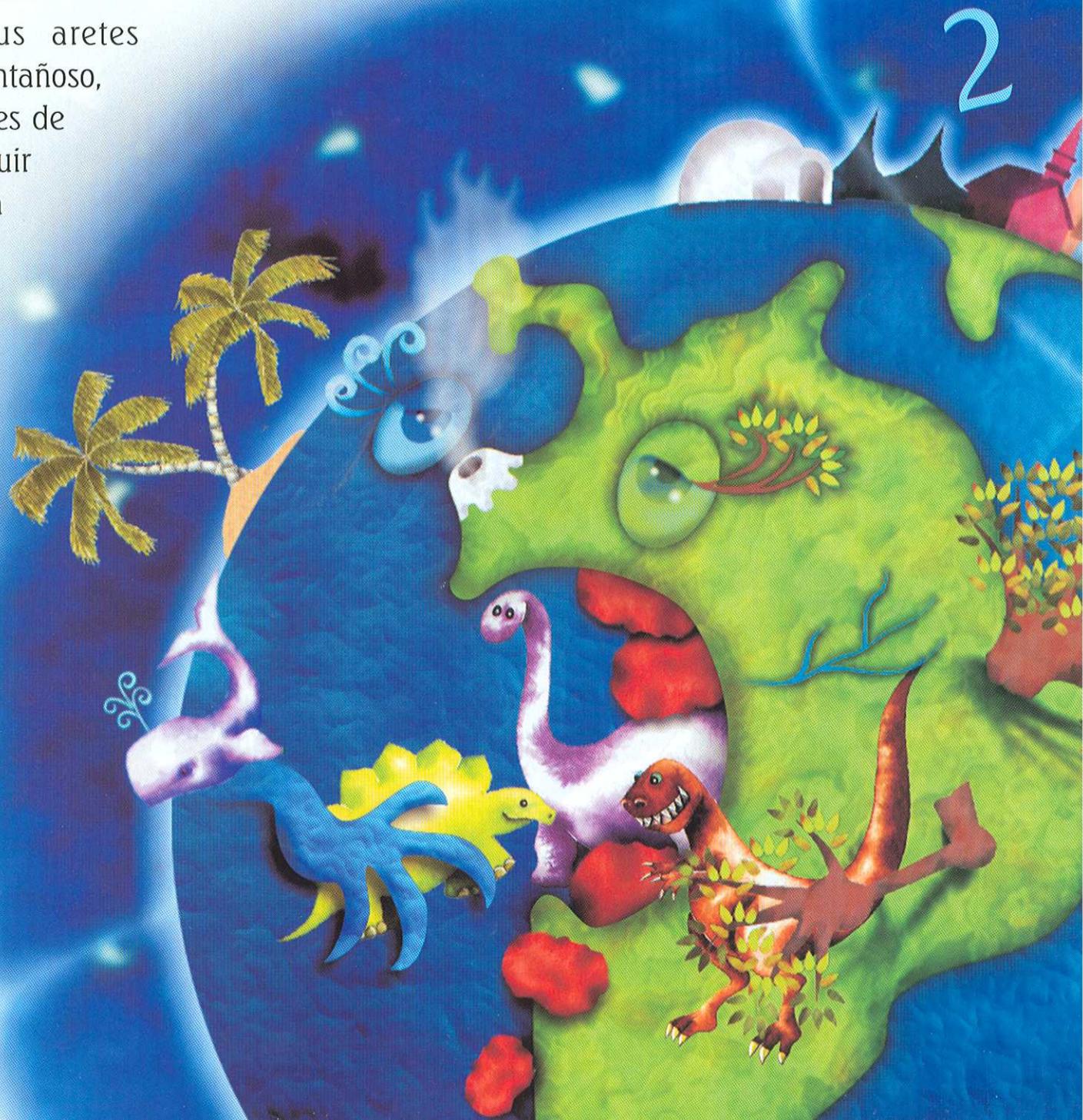
1



**E**ra un día cualquiera de mayo y Doña Pietra Terrosa había amanecido como si nada. Sobre su rechoncha figura corrían, como siempre, ríos, lagos, mares y océanos. Ese día necesitaba más que nunca renovar sus adornos.

Necesitaba cambiar sus aretes arbóreos, su cinturón montañoso, sus casitas, parques y luces de mil colores. Quería seguir siendo la más linda de la galaxia.

Sus gustos para comer no habían cambiado: disfrutaba de succulentos dinosaurios, piedras en salsa roja caliente, raíces, lombrices y agua refrescante para una mejor digestión. A veces, estaba tan repleta que parecía que fuera a estallar y entonces su estómago se movía y gruñía; seguro no era un problema de lombrices.



3



De repente, Pietra no aguantó más y comenzó a moverse y a estiraaaarse y estirarse.

Bonifacio Saltarín, el conejo, fue el primero que lo notó. Sabía que cada cierto tiempo, a veces cada 50 años, a veces cada 100, a veces cada 400, a Doña Pietra le daba por desperezarse, moverse y acomodarse. Incluso cada cierto tiempo tosía y eructaba fuertemente.